

Periodismo narrativo

Cómo contar la realidad con las armas de la literatura

Roberto Herrscher



ÍNDICE

Prólogo . Profesión de tango: pasión, por Josep Cuní	15
Introducción	
Mario Vargas Llosa, Ginger Thompson y el chofer	
del ministro haitiano	17
¿De qué va este libro?	20
De música, afinidades y admiraciones	22
El mérito es de mis maestros; la culpa es mía	23
I. LA REALIDAD CONTADA	
Capítulo 1. Herramientas	
Primeros pasos para transformar una noticia en un texto narrativo	27
El punto de vista y el personaje del narrador	28
La historia de los otros	30
De fuentes y declaraciones a personajes y diálogos:	
el teatro de la realidad	32
El detalle revelador: los objetos cobran vida, la descripción como	
fiesta del estilo y como forma de hacer concreto lo conceptual	33
Qué historias piden y merecen ser contadas: el camino de los hechos	
y los caminos de los personajes	35
Capítulo 2. Preguntas	
Las cinco Ws del periodismo narrativo	37
Qué	39
Quién	42
Dónde	45
Cuándo	48
Cómo	51
Por qué	52

Capítulo 3. Enfoques	
Cuatro maneras de acercarse a una gran historia	55
Mateo, el abogado	56
Lucas, el historiador	58
Juan, el poeta	60
Marcos, el reportero	61
Capítulo 4. Antecedentes	
El fuego donde comenzó a calentarse el periodismo narrativo	65
Cantar y contar el mito	65
Las obras históricas de Shakespeare	67
La novela realista y el folletín	68
Surgidas de las mismas máquinas Remington en las que tecleaban	00
sus novelas	72
sus noveras	12
Capítulo 5. Medios	
-	75
Revistas, libros y diarios cuentan y descubren lo que pasa	75
Las revistas o cómo suscribirse a una visión del mundo	77
Los libros de no ficción o cómo morder un trozo de profundidad	80
Antologías, colecciones	81
Libros de consumo inmediato y de compromiso	82
Grandes reportajes y crónicas: genuinos libros periodísticos	83
Pececitos de colores en el diario de cada día	84
II. LECCIONES & MAESTROS	
Capítulo 6	
I. Ryszard Kapuściński	
El reportero de la curiosidad infinita	93
Una conversación inesperada	94
«Kapu» cuenta sus primeros viajes	95
Maestro en constante aprendizaje	97
Tener o no tener zapatos.	99
Su último viaje	
Una entrevista inolvidable	102
Buscando la historia de esa mañana en el Zócalo	-
Duscando la historia de esa manana en el Zocalo	104
II I aggionas a partir da Vanusainski	
II. Lecciones a partir de Kapuściński	105
Llegar, mirar, oler, describir, contar, entender	105
Ir y llegar	105
Ver y mirar	107
Oír y escuchar, oler y saborear, tocar hasta mancharse	108

La foto: describir el escenario y hacernos «ver» su significado	109
La novela: de los datos a la historia, del argumento al relato	
La estructura: siempre diferente, siempre reconocible	
Epílogo a partir de <i>Kapuściński non-fiction</i> de Artur Domosławski	
=p.1080 u pur ur uv raup noonion non j.eeton uv ra-eur z omiooru nomi	
Capítulo 7	
I. Studs Terkel, Lawrence Grobel y Oriana Fallaci	
El teatro de la entrevista	
Studs Terkel, el mejor escuchador del mundo	119
Cómo llegó a crear fascinantes <i>patchworks</i> de historia oral	123
Lawrence Grobel, tirando del hilo de Ariadna	125
¿Grobel o Pacino?	128
Lucha, desafío e intransigencia de Oriana Fallaci	131
Una propuesta: Oriana Fallaci nunca cambió	138

II. Lecciones a partir de Terkel, Grobel y Fallaci	142
La entrevista como género narrativo	
La entrevista para entender.	
La entrevista como recolección de material para poder contar	
La entrevista: una obra de teatro de no ficción	
Entrevistas «con»: ¿con quién contamos y por qué?	
Entrevistas «a»: personajes entrevistables y cómo tratarlos	
Entrevistas «contra»: representando al ciudadano	
¿Es cierto lo que nos dicen? ¿Nos mienten? ¿Se equivocan?	151
Capítulo 8	
I. Gay Talese, Joseph Mitchell, Josep Pla y Tomás Eloy Martínez	
Perfiladores afilados como cuchillos	153
Bendita gripe la de Frank Sinatra	153
Gay Talese, maestro de la fama y la oscuridad	156
Joseph Mitchell, el fantasma de los pasillos del New Yorker	159
El secreto de Joe Mitchell	161
Josep Pla, pintar con recuerdos, digresión a digresión,	
mientras brama la tramontana	164
Tres etapas planianas: leer, viajar y encerrarse a recordar	167
Homenots: buscando lo esencial y lo catalán de unos gigantones familiares	
Tomás Eloy Martínez y el mítico cadáver de Evita Perón	176
Tomás Eloy Martínez vuela bajo pero lejos	180
TT T and a second of contact and and and and and are all	
II. Lecciones a partir de Talese, Mitchell, Pla y Martínez	102
El perfil como arte y como oficio	183
	102
¿qué es el perfil periodístico?	183

¿Quiénes son «perfilables»?	186
Ingredientes del perfil I: entrevistas y seguimiento al personaje	188
Ingredientes del perfil II: entrevistas con otros	191
Ingredientes del perfil III: investigación, qué leer, dónde ir	192
La receta: cómo estructurarlo y escribirlo	
Capítulo 9	
I. George Orwell, Günter Wallraff, Tim O'Brien	
y Alma Guillermoprieto	
En carne propia	199
El «método Orwell»: bajar a la mina, a la cocina y al campo de batalla	199
Culpa y expiación de Eric Blair	204
Engañar para develar el engaño: el viaje de Günter Wallraff	206
Cabeza de turco, cuerpo de alemán	
Tim O'Brien cuenta su Vietnam	212
Tim O'Brien inventa una guerra literaria más verdadera	
que Vietnam	214
Alma Guillermoprieto despacha cartas desde América Latina	218
Alma Guillermoprieto envía una postal desde el recuerdo	221
II. Lecciones a partir de Orwell, Wallraff, O'Brien y Guillermoprieto	
Cuándo el «yo» es aceptado o incluso obligatorio	223
¿Soy interesante?	
¿Me puedo tratar como noticia?	223
El placer y el dolor de recordar el pasado	227
Lo vivo porque lo quiero contar	231
El viaje del periodista narrativo y su lector hacia la comprensión	232
Capítulo 10	
I. Bob Woodward & Carl Bernstein, Seymour Hersh y Rodolfo Walsh Contar contra el sistema: la tentación del poder y el poder	
de las tentaciones	237
Bob Woodward y Carl Bernstein, personajes	
El «método Woodstein»	
	240
El taquígrafo del poder	
El talento desperdiciado	
Sy Hersch viaja a la cabeza del teniente Calley	211
y descubre el horror del sistema	246
El nuevo Hersh de la guerra de Iraq es el mismo Hersh	
Rodolfo Walsh: del crimen individual inventado	250
	253
Operación Novela de Investigación Periodística	
Operación novela de investigación renduistica	∠JU

II. Lecciones a partir de Woodward & Bernstein, Hersh y Walsh	
El impulso narrativo en el periodismo de investigación	261
La larga y fructífera tradición de tirarle mierda al poder	
¿Quién investiga hoy?	
¿Cómo transformar una sucesión de datos en una narración legible?	
Justicia retroactiva: el periodista narrativo de investigación no permite	200
que los crímenes se entierren	266
que los crimenes se entierren	200
Capítulo 11	
I. John Hersey, Truman Capote, Gabriel García Márquez	
y Javier Cercas	
Contar desde la narración de los personajes:	
posibilidades y limitaciones de la «novela de no ficción»	269
¿Hiroshima, el mejor libro de no ficción?	
John Hersey, pionero y enemigo del Nuevo Periodismo	
Truman Capote, padre de la non fiction novel	
La fría sangre de un novelista	
García Márquez: novelista, cuentero, genio y reportero cuidadoso	
La historia que no escribió el teniente Velasco	
Tiburones, pacos y narcos: el peligro como motor narrativo	
Javier Cercas busca un fin para la Guerra Civil:	275
Soldados de Salamina	208
La velocidad de la luz: el horror de Vietnam y un autor	270
que se cuela en la foto	305
Pensar la transición: <i>Anatomía de un instante</i> ,	303
de la novela al ¿periodismo?	308
de la novela al ¿periodismos	300
II. Lecciones a partir de Hersey, Capote, García Márquez y Cercas	
El durísimo trabajo de contar historias reales como novelas	312
La realidad supera a la ficción a veces	
Dar sentido al caos	
Tienen la historia escondida, pero no lo saben	
La voz del autor, la voz de los personajes	
Contar la vida de los otros.	
Contai la viua de los otros	321
Epílogo. Dedicado a la memoria de Anna Politkovskaya	323
	-
Fuentes	327
Bibliografía	329

PRÓLOGO

Profesión de tango: pasión

Nos conocimos en Nueva York, «una ciudad de cosas inadvertidas», como la define Gay Talese. Nos presentó Anne Nelson mucho antes de que la por entonces profesora de la School of Journalism de Columbia University se convirtiera en exitosa autora teatral. Un flash personal a raíz de una historia familiar vinculada a un miembro del cuerpo de bomberos de Manhattan tras los atentados a las torres gemelas la llevó a escribir *The Guys*. Pocas semanas después, la obra llegaba al Off Broadway, protagonizada por Sigourney Weaver, donde se representó durante meses para saltar más tarde al cine.

La común amiga, que había sido su mentora, introducía a los alumnos de sus clases en International Media, tarea que hacía compatible con sus contactos en este mismo ámbito por delegación del decano Tom Goldstein. Entre él, David Klatell y Anne Nelson, junto con Paul McNeil, de Continuing Education, forjaron la parte americana del máster en Periodismo BCNY que seguimos impartiendo en IL3, Universidad de Barcelona, desde hace 12 años, y del que Roberto Herrscher no ha dejado de ser alma, corazón y vida.

Y como en el bolero, funde sentimiento, pasión y entrega hacia unos alumnos que, curso tras curso, se arropan en él y con él para conocer primero y experimentar después el éxtasis del periodismo. Porque trabajando, estudiando, aprendiendo con Roberto, uno no puede evitar sentir a todas horas la auténtica sensación de lo que representa poder explicar a los demás lo que a los demás les sucede. Pero ¿qué les sucede realmente a los demás? Ahí es donde entra en juego el periodismo narrativo que con tanto énfasis el profesor Herrscher describe, comenta, detalla y analiza en las siguientes páginas.

Quizás porque sabe que «todo el periodismo es ficción», como sentenció Norman Mailer, Roberto Herrscher encabeza el listado de sus referentes —¡cómo no!— con Kapuściński. Y lo hace cuando hemos sabido, gracias a su biógrafo, compañero y confidente Artur Domosławski, que el polaco cargaba sus reportajes con grandes dosis de simulación. ¿Alteraba con ello la emoción de su trabajo resultante? En absoluto. Todo lo contrario, porque es cuando asume el papel de portavoz de los pobres que encuentra en sus viajes, por citar un ejemplo, cuando se da cuenta de que «la pobreza también es la imposibilidad de expresarse».

Le sucede como a Oriana Fallaci. Decidir de antemano si sus reportajes serían un drama o una comedia, como ella misma reconoció para exponer la razón de su éxito profesional, no rebajó un ápice la intensidad de lo narrado ni la trascendencia de lo denunciado. Lo han sabido explicar muy bien los premios Nobel Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. Escritores de universal talento que han ejercido el periodismo como base de muchas de sus obras, gracias a las cuales se han llevado mucho más allá instantes y perfiles, casos y circunstancias que elevaron las anécdotas a la categoría de gran literatura.

El libro que tienen en sus manos no es un manual sobre periodismo narrativo, aunque bien puede utilizarse como tal. Es el resultado del trabajo de un docente, estudioso y ejerciente, que encuentra en algunos de los muchos nombres que han dejado huella periodística por estilo y capacidad el aval a su teoría. Y como buen argentino, con tango como banda sonora, describe minuciosa y apasionadamente sus impresiones, sin dejar a un lado sus propias vivencias.

Porque para Roberto no puede entenderse la descripción de un paisaje sin la influencia de su paisanaje. El familiar, el amical, el fraternal, con quienes congenia y comparte la esencia vital del periodismo. La dimensión humana siempre. Aquella que, lejos de lo que aparenta, le facilita la descripción a través de la opinión. Se nota que ha leído a Josep Pla, a quien incluye, junto a Javier Cercas, en la presente edición corregida y ampliada de la versión original que vio la luz en Chile hace un tiempo. El astuto ampurdanés, al final de su larga trayectoria, harto de escuchar sandeces, sentenció: «Es más fácil opinar que describir. Infinitamente más. Precisamente por eso todo el mundo opina».

En estas páginas, Roberto opina. Pero consigue que la opinión sea la base de su descripción, para la cual ha sabido superar el reto de «enfrentarse a una hoja en blanco, rebuscar entre las nubes y traer algo aquí abajo». Truman Capote lo dijo, Roberto Herrscher lo ha hecho.

JOSEP CUNÍ

INTRODUCCIÓN

Mario Vargas Llosa, Ginger Thompson y el chofer del ministro haitiano

En octubre de 2006 acudí a la entrega de los premios Cabot de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia. Columbia entrega los principales premios periodísticos de Estados Unidos, entre otros los Pulitzer. En 1938 instituyó estos galardones, pioneros en su tipo, que juntan a directores de medios y reporteros de nuestro continente con periodistas norteamericanos que cubren Latinoamérica e iluminan al público estadounidense sobre su mal comprendido «patio trasero».

La ceremonia de 2006 tenía un protagonista especial, a quien yo tenía muchas ganas de escuchar: el novelista y reputado creador de opinión peruano Mario Vargas Llosa.

Junto con su obra de ficción y sus ensayos literarios, Vargas Llosa mantiene una muy comentada columna, *Piedra de toque*, en la edición española de *El País*, que numerosos diarios de América reproducen, y en los últimos años ha emprendido viajes a sitios conflictivos para escribir crónicas de lo que vio y conversó con personas con puntos de vista contrastantes. De allí surgieron extensos reportajes sobre Iraq, el Congo y Medio Oriente. Por sus textos periodísticos, que «durante toda su vida promovieron los valores democráticos y el entendimiento entre los ciudadanos de las Américas», lo estaban premiando en Nueva York.

Comimos en mesas redondas, en torno a las cuales charlaban con cuidada cordialidad periodistas y académicos, y a los postres vinieron los discursos.

Quiero acordarme ahora del discurso de Vargas Llosa, pero pese a las ganas que tenía de escucharlo, sus palabras se me iban olvidando a medida que hablaba, como arena que se escapa de las manos. El esmoquin y la pajarita seguramente le engolaron la voz y las ideas, y pontificó de lo lindo sobre la importancia del periodismo libre —en una sociedad liberal como la que pregona— y sobre los principios de calidad e independencia de los medios.

En las mesas, los satisfechos representantes de los medios más poderosos de Latinoamérica lo escuchaban con agrado. ¿Pero qué dijo? ¿Y por qué no puedo citarlo o recordar una frase feliz, un concepto, una idea? Si he leído una quincena de sus libros, si lo vengo leyendo desde la adolescencia... ¿cómo es que no puedo acordarme de lo que dijo esa noche?

Después del gran novelista, entregaron el premio a una reportera del *New York Times* que yo no conocía: su nombre es Ginger Thompson, y lo primero que supe de ella, cuando se levantó decidida y elástica del sillón donde cada premiado esperaba su turno, fue lo que transmitían su color mulato y su figura esbelta. Y Ginger, de quien no había leído una línea, empezó a contar una historia. Contó que en el inicio de su carrera como reportera internacional, en los años noventa, le tocó cubrir una ola de violencia en Haití.

En sus palabras se comenzó a colar el sol abrasador y la miseria extenuante del país más pobre de América. Asesinaban a políticos oficialistas y opositores, se sucedían las manifestaciones, la comunidad internacional peroraba impotente, y la joven reportera intentaba seguir a la tropa de periodistas que iban de acto en ceremonia, y del sitio del último atentado al funeral de la víctima. Cuando mataron a un ministro, la joven periodista ya tenía tarea para la mañana siguiente. Llamó a su chofer habitual y le pidió que la pasara a recoger al hotel para llegar temprano al entierro del funcionario.

«No puedo», le dijo el chofer. «Búsquese a otro. Yo tengo algo importante que hacer »

Sin saber bien por qué, Ginger Thompson le preguntó qué era eso tan importante, y el chofer le informó que junto con el ministro habían asesinado a su chofer, un viejo amigo del chofer de la periodista. Y que para él, ir al entierro de su amigo era más importante que el trabajo mejor pagado. Y entonces, casi sin pensarlo, la reportera tomó una decisión que marcaría su carrera y que, de alguna forma, la llevó a escribir las crónicas que llamaron la atención del jurado de los Cabot.

«Voy contigo», le propuso ella. «Llévame por favor al entierro del chofer.»

Todavía recuerdo la sorpresa. Obvio, lo que Ginger quería decirnos esa noche, en la enorme sala circular de las grandes ceremonias en la Universidad de Columbia, se explicaba en esa escena. Pero la contó de tal manera que yo, al menos, no la vi venir. Tal vez me sorprendió porque se colocó a sí misma en ese momento, en el momento de recibir la respuesta del chofer y cuando no tenía preparada ninguna contrarréplica.

Y entonces, claro, se le ocurrió —y actuó como si se le estuviera ocurriendo allí, en el estrado, frente a nosotros— la proposición que la hizo entrar en otra dimensión del periodismo. No iría a cubrir como todos los demás los discursos del gobierno y los pasos conocidos de la ceremonia oficial. Iría al cementerio pobre, en el barro, con los dolientes descalzos que llorarían sin ceremonia al chofer. Y de allí sacaría su crónica del otro Haití, el hundido, el invisible.

Puedo pedir y citar los discursos exactos, pero siento que sería un engaño: quiero basarme en lo que recuerdo, a distancia. No me propuse compartir sus historias como las contaron ellos, sino el proceso de reconocimiento, regocijo y enriquecimiento que produce una buena historia bien contada. Y sobre todo, lo que nos queda —lo que nos va moldeando, historia a historia— en el proceso acumulativo, la formación de una memoria que se nutre de los descubrimientos de los otros.

¿De qué nos acordamos? ¿De qué nos olvidamos? ¿Qué se pierde para siempre? ¿Qué queda, adormecido pero con un ojo entreabierto, vigilante, en la penumbra de nuestra memoria?

A estas alturas, creo que habrá quedado claro que, para mí, como postulan muchos lingüistas y epistemólogos, lo que nos toca, nos apela, nos hace recordar o nos sorprende son mucho más las historias que las teorías, los argumentos y los sermones.

Somos más ricos después de haber leído las novelas de Vargas Llosa. Hemos disfrutado o sufrido con las tentaciones de Pantaleón y sus visitadoras, con el escribidor y su pícara tía Julia, con la furia de Urania en su viaje de vuelta a la República Dominicana, con los viajes profundos y paralelos de Paul Gauguin y su abuela Flora Tristán. Pero cuando el narrador se pone sentencioso, me cuesta seguirlo. Y no tiene que ver con el hecho —también cierto— de que sus admoniciones me parecen más simples, menos flexibles, más toscas que las historias que cuenta. Tiene que ver con el poder implacable de las historias.

Tras el último café tibio terminó la ceremonia de los premios Cabot, y en mi interior agradecí profundamente a Ginger Thompson, a quien no conocía y a quien no volví a ver, por la humanidad y el arte que me regaló con su historia del chofer del ministro. Y recordé, también, qué es lo que me mueve, lo que me llena, lo que leo sin cansarme, lo que trato de hacer en mis artículos y mis libros.

Cuando me dicen: «Te voy a contar una historia», que se hagan a un lado todas las teorías. Necesito las teorías para entender y pensar, pero si debo ser sincero, son las historias las que me quedan. Disfruto las historias inventadas, por supuesto, pero las reales —la no ficción— tienen para mí un inmenso valor agregado.

¿Por qué? Por un lado, porque es muy difícil no poder inventar, no poder agregar ni mentir, y, para ser realmente honestos, no poder quitar lo que no encaja con la coherencia de la historia que estamos contando. Debemos crear una narración que emocione, ilumine y plante en la mente del lector historias y personajes indelebles, pero nuestra materia prima es nada más y nada menos que la verdad. La persona que vemos al otro lado de la mesa o en la calle donde sucedió el hecho es ésa y no otra; lo que nos cuenta, aunque nos esté mintiendo, no lo podemos tergiversar. Tenemos que tratar de entender a gente que no actúa como si fueran personajes producto de nuestra imaginación.

Esta escritura, por muy alto que vuele, siempre estará pegada a la tierra, y nos hará más humildes y más sabios como escritores. Es mucho más difícil hacer literatura con personas ajenas, provistas de sus propias ideas, su lógica y su memoria, que con monigotes inventados por nosotros.

Y a los lectores, la buena «literatura de los hechos» los llevará, estoy convencido, más allá del goce estético y el impacto de escuchar una buena historia. Las historias «verdaderas» nos meten en el corazón de este mundo que nos rodea, de esta época u otra del pasado, nos ponen en contacto con puntos de vista divergentes sobre grandes acontecimientos de la historia o dramas más domésticos pero no menos profundos.

Es este mundo el que se nos muestra, es gente de verdad la que habla. Y es el enfrentamiento de un escritor-reportero con un mundo externo que no puede cambiar ni moldear a su antojo o según sus ideas. Bien practicado, el periodismo narrativo es profundamente ético.

¿De qué va este libro?

Este libro busca compartir con sus lectores el entusiasmo del autor por esta disciplina que no es nueva, pero que está en constante auge y que, estoy convencido, es más útil y necesaria que nunca, tanto para la supervivencia de los medios escritos como para la comprensión profunda de realidades, sensibilidades e historias cada vez más complejas.

En la primera parte, presento ensayos sobre las herramientas que utiliza el periodismo narrativo; la profundización y ampliación de las seis preguntas básicas que han de transformarse en cuestiones relevantes para este tipo de periodismo; el enfoque narrativo, centrándome en los puntos de vista planteados por los cuatro evangelistas; los antecedentes literarios, que parten de los poemas épicos, siguen con Shakespeare, se adentran en la novela realista decimonónica y en los textos de «no ficción» de los grandes escritores. El último capítulo de esta primera parte habla de los medios en que se publican este tipo de textos: diarios, revistas, libros y —tímidamente— los nuevos formatos digitales.

En esta parte, que llamo «La realidad contada», busco trazar el contexto común de formas de trabajo, preguntas, lecturas, sitios de publicación y acercamientos a los hechos que rodean y dan sentido a la obra de los maestros que trato más adelante. En cierto sentido, es una descripción del estanque en donde nadan las especies ícticas que introduzco en la segunda parte.

En la segunda parte, «Maestros y lecciones», intento juntar dos formas de acercarse al periodismo narrativo: mediante ensayos sobre la vida, la obra y la relevancia de un puñado de insustituibles cultores de este arte/oficio, y con recomendaciones o principios del viejo cuño de los manuales.

La idea es contar las distintas formas en que escritores, reporteros, luchadores y viajeros inventaron un nuevo país narrativo, y después transformar lo que hemos aprendido —al menos lo que he aprendido yo— de sus artículos y libros en una serie de lecciones de las que cada lector sacará lo que le sirva.

¿Por qué estos periodistas narrativos y no otros? Me resulta mucho más fácil defender que todos los que están deben estar que justificar las ausencias. Tal vez la respuesta más sincera sea que me baso en los que para mí llevaron más lejos y más coherentemente uno o varios de los caminos, de las formas o herramientas del periodismo narrativo. Esto no es ni pretende ser una enciclopedia ni una lista explicada, sino una serie de lecciones acompañadas por ensayos sobre la vida y la obra de quienes me las enseñaron.

Algunos son famosos por haber escrito grandes novelas y su obra periodística, aunque relevante, es secundaria en la apreciación pública (George Orwell, Gabriel García Márquez).

Otros dedicaron toda su vida al periodismo y los libros que ensanchan y complejizan nuestra disciplina son en su mayoría recopilaciones de textos publicados en medios de prensa (Oriana Fallaci, Joseph Mitchell o Alma Guillermoprieto).

La mayoría son autores de libros periodísticos. Tienen, como casi todos los autores, variedad de registros, pero me he concentrado en unos pocos temas y unas pocas herramientas porque considero que son estos y estas los que más nos ayudan a dominar nuestro oficio.

Por último, se verá en el índice que he agrupado a los autores en tríos, cuartetos y en algún quinteto. Si ellos mismos leen lo que digo de ellos y su obra (más de la mitad están vivos y en plena producción), algunos se sorprenderán más que otros al encontrarse en la compañía en que los coloco.

Para los lectores, mi esperanza es que las agrupaciones tengan sentido y sirvan de ayuda. Espero también que se entienda desde el principio que no están juntos porque percibo escuelas o afinidades ideológicas, ni mucho menos lealtades identitarias, sino porque responden, con ciertas similitudes y sobre todo con fascinantes diferencias, a las mismas preguntas.

En algunos casos, los vínculos vienen por llevar hasta sus últimas consecuencias un género: hay entrevistadores (Fallaci, Grobel y Terkel), perfiladores (Mitchell, Talese, Pla y Tomás Eloy Martínez) y cronistas (Kapuściński, que es como si fueran tres o cuatro).

En otros, los une su desarrollo de herramientas: la investigación en profundidad (Woodward & Bernstein, Hersh y Walsh); el uso de la primera persona (Wallraff, O'Brien y Orwell) o de la entrevista en profundidad para narrar una historia (Hersey, Capote y García Márquez).

En las segundas partes de los capítulos y en el epílogo agrego algunos nombres más, que me parecen importantes para redondear los temas, como Barbara Ehrenreich, Anna Politkovskaya, David Remnick y Mirta Ojito.

Por lo tanto, para mí, todos los que están, son. Todos me enseñaron cosas básicas y profundas de mi oficio, y estoy seguro de que todos tienen mucho que enseñar a los lectores.

Pero ¿están todos? Seguro que no. Ya lo dije: esto no es el canon del periodismo narrativo, los 100 mejores, los reportajes y crónicas que hay que leer antes de estirar la pata, ni los nombres que harán quedar al lector ignorante como culto súbito en un coctel.

Ni siquiera están todos mis preferidos. Quise quedarme con un puñado de ejemplos, de quienes llevaron ciertas formas, ciertas búsquedas, ciertos estilos y preguntas hasta el límite. Originalmente había el doble de nombres, pero no quise que el libro saliera demasiado grueso. Tampoco tenía sentido dedicar un párrafo a cada escritor, pero sí demorarme en la obra y el camino de unos pocos.

De los que conozco y admiro, faltan por supuesto plumas ilustres de varios países, como Ernest Hemingway, Tom Wolfe, John Pilger, Arturo Pérez Reverte, Roberto Arlt, Carlos Monsiváis, Juan Villoro, Horacio Verbitsky, Gaziel o Bru Rovira. Acerca de varios de estos maestros, y de otros de su categoría, escribí y publiqué ensayos

y reseñas a lo largo de los años, y su ausencia en este tomo no significa, obviamente, ningún menoscabo de su obra en comparación con la de quienes sí incluyo.

Estas consideraciones tienen que ver con los libros y los periodistas que conozco. Internet nos ha hecho más internacionales, pero todavía hay mucho camino que recorrer. En los países de América Latina, los clásicos del pasado y los imprescindibles del presente en un determinado país son muchas veces desconocidos en el país vecino. Y en Europa mucho más, porque las obras largas de periodismo narrativo raras veces se traducen.

Para decirlo más claro: mis personales limitaciones lingüísticas son las razones por las que en este libro aparecen, tan solo de forma puntual, obras escritas en italiano (Oriana Fallaci), alemán (Günter Wallraff) o ruso (Anna Politkovskaya), y eso porque han sido traducidos al castellano y al inglés. En estos 12 años de vida en Barcelona, me he enriquecido con el conocimiento del catalán, y he podido apreciar y disfrutar la obra de Josep Pla en su idioma. En su inmensa mayoría, los trabajos que se mencionan fueron escritos en estos idiomas que manejo, y casi todos se consiguen en ediciones en castellano.

Trato de seguir, como el fanático que soy, todo lo que se publica como periodismo narrativo desde principios de los años noventa, pero obviamente, muchas joyas se me deben de haber escapado. Un sueño de esta botella al mar que arrojo con la publicación de este libro es que me regalen o propongan autores nuevos, o, mejor aún, que me critiquen o discutan la elección y los agrupamientos.

De música, afinidades y admiraciones

Un libro — de la misma forma que un artículo de periodismo narrativo — es un producto personal, creado desde la sensibilidad, las afinidades emocionales e ideológicas, el punto de vista y el mundo cultural del autor. Este, lo notarán al instante, está trufado de citas, referencias y metáforas relacionadas con el mundo de la música, y especialmente de la música clásica (aunque se habla también algo de tango, de jazz y una pizca de rock).

No puedo evitarlo. Vivo rodeado de música. De hecho, estoy escuchando una cantata de Bach mientras escribo este párrafo, y esta mañana escribí las páginas anteriores con Piazzolla. Escribo sobre música más de lo que escribo sobre periodismo, y me ayuda a desconectar y a la vez conectar con mis ideas y mis sentimientos. Las danzas sensuales de los instrumentos y las historias desorbitadas de las óperas me vienen a la mente al pensar en un tema, por más alejado que esté del mundo de la música.

Sin ir más lejos, en mi primera clase en un curso sobre periodismo narrativo, nunca dejo de hacer referencia a la metáfora musical que para mí mejor ilustra nuestra extraña disciplina: el laúd barroco de doble encordado. Era un instrumento muy grande de madera y cuerdas pulsadas, que tenía una hermosa característica: disponía de dos juegos de cuerdas de tripa, que vibraban en simpatía.

Pongamos que fueran doce cuerdas las que se pulsaban (por la época y la escuela variaban en número). Encima de las cuerdas que el músico tocaba, había otro juego de doce cuerdas que no eran pulsadas, pero que vibraban en simpatía cada vez que se tocaba la cuerda que estaba afinada en su mismo tono. El instrumento sonaba como si fueran dos, porque las cuerdas simpáticas sonaban solas, la del la de arriba cuando se pulsaba la del la de abajo, y así sucesivamente.

No he encontrado en todos estos años ninguna metáfora mejor para describir lo que hacen las buenas historias de periodismo narrativo: nos hacen vibrar en simpatía cuando pulsan una cuerda que nos es afín.

Tengo, por tanto, afinidad con estos maestros, aunque obviamente no concuerde con todo lo que opinan ni me parezca que todo su trabajo es admirable. Gracias a esa afinidad con su obra, en más de un caso el aprendizaje fue en directo, de viva voz. Tuve la fortuna de conversar con, entrevistar a, asistir a clases de, y hasta enseñar periodismo junto con varios de los maestros de este libro. En más de un sentido, son mis maestros personales. Y también en más de un sentido, esta es seguramente una autobiografía profesional y personal.

Dime a quién admiras y te diré quién eres. Y si me dices que no admiras a nadie... también sabré bastante sobre ti.

Una de las clases que más disfruto es la que suelo compartir cada año, una semana de julio en Berlín, con una quincena de periodistas africanos y asiáticos del Instituto para el Periodismo Internacional del Ministerio de Desarrollo Alemán.

La segunda mañana del curso les suelo pedir a los participantes que, en sus riquísimas variantes de inglés, me presenten a sus héroes en la profesión y me cuenten acerca de ellos. Al terminar, sé mucho más de los asistentes que cuando se presentaron a sí mismos el primer día. Nuestras admiraciones nos definen, y tal vez uno de los peores males del periodismo actual es que carecemos de la ilusión y la generosidad para expresar abiertamente admiración por los mejores de nuestros colegas.

El mérito es de mis maestros; la culpa es mía

Todo lo que hay en este libro ha sido enseñado, compartido y discutido por el autor con sus colegas, profesores y alumnos de los últimos tres lustros, principalmente en el máster en Periodismo BCNY que organizan conjuntamente el Instituto de Formación Continua (IL3) de la Universidad de Barcelona, el departamento de formación continua de la Universidad de Columbia y la prestigiosa Escuela de Periodismo de dicha universidad neoyorquina.

El máster de la UB, mi casa desde hace más de una década, es el sitio donde día tras día, año tras año, aprendo y comparto lo que voy descubriendo con un excelente cuerpo de profesores (sobre todo el gran maestro y eximio entrevistador, Josep Cuní, y mi colega y amigo Juan Pedro Chuet-Missé) y con alumnos de más de treinta países, de cuyas preguntas, respuestas y debates he aprendido mucho. Solo espero haberles enseñado tanto como ellos a mí.